



FUSION DE DOS PINTURAS DE ROCÍO RIESCO

ew2021-47

## La niña más linda del pueblo

Era alegre y cantarina, pequeñita y colorida, “la niña más linda del pueblo” le decían. Tempranito recorría el sendero hacia el cerro, entre eucaliptos perfumados, ahí había buen pastito para el rebaño de ovejitas que arreaba. Allí se entretenía corriendo. Más que corriendo, volando como una mariposita, con sus trenzas negras, con su sonrisa blanca, con sus mejillas coloradas y su mantita a rayas amarillas, verdes, rojas...

Le gustaban las flores del campo: las retamas, las globo globo, las alcaparras, las diente de león amarillitas, la malpaca, la cicuta, las flores de sauco blanquitas, las del tarwi, lilas, y las cantutas rojas, blancas, violetas amarillas. Arrancaba hojitas de eucalipto para oler, seguía las hojas que se desprendían, secas, y caían en rutas impredecibles que entre el viento y la gravedad decidían. Veía las hojitas que caídas alfombraban el suelo alrededor del árbol, y sentía algo de tristeza por ellas. Ya no sirven, pensaba, perdieron su color y tienen que esconderse.

Sobre las cumbres de las montañas y las altísimas copas de los árboles, el azul turquesa del cielo reinaba, adornado por coposas nubes blancas matizadas con violetas, celestes y amarillos. A veces, los pichiuchancas atravesaban el cielo y se posaban bullangueros en las ramas de algún árbol. Marlon entonces, les ladraba jugueteón y los pájaros trinaban burlones: ¡a que no nos alcanzas!

Casi al mediodía, juntaba el rebaño y volvía. Marlon, anunciaba su llegada.

—Lávate tus manos y tu cara, para que le lleves su sopita a la abuelita Olga.  
—Decía mamá.

Ella obedecía. La batea ya estaba llena de agüita limpia.

— ¡Alalau!

Le gustaba correr por el camino de tierra, al lado del canal bordeado de hierbas verdes, cicutas blancas, tan bonitas, pero venenosas. Le gustaba ver las sombras larguísimas de los eucaliptos que se hundían en el canal y salían a la otra orilla sin haberse mojado siquiera, para atravesar todo el camino y trepar sobre los eucaliptos al otro lado. Le gustaban las puertas de las casitas de tapial con techos rojos; ninguna puerta era como la otra, y ninguna casa estaba cerca a la otra.

—Buenos días abuelita Olga, tu sopa te he traído.

Frío debía tener la abuelita Olga, que casi llegaba al siglo de vida. La encontraba sentadita junto a su puerta, hilando, con su gorro de lana abrigando su cabecita blanca, su delantal con cuadrados azules y blancos, pequeñísimos, que protegía su amplia falda que colgaba sobre un pantalón de lana azul.

—¡Llegó la mariposita! —sonreía la anciana.



El tiempo, corre, vuela... Nadie sabe hacia dónde va tan apuradito, cambiando a la gente, llevándose a algunos, como a la abuelita Olga y a Marlon.

¿Por qué pasa esto?, se pregunta. ¿Por qué ya no puedo ser mariposa? ¿Por qué me han crecido los pechos? ¿Por qué ahora debo esconderme, del Marcelino y sus amigos para que no me persigan y me tumben sobre el pasto y me toquen? ¿Por qué si antes jugaba con ellos y me decían bonito “eres la más linda del pueblo”? ¿Por qué ahora no me gusta cómo me lo dicen y me asusta lo que hacen? Ya no quiero ser mariposa, abuelita Olga, quiero ser una hoja seca, sin color, una más entre todas, para que nadie se dé cuenta de que existo.

Las florecitas blancas de cicuta aparecen en su mente.

La niña más linda del pueblo ha plegado sus delicadas alitas descoloridas. Todos lo han notado y le han preguntado, pero ella no responde. Vergüenza le da.

—¿Por qué sientes vergüenza? —Le pregunta el viento, moviendo las hojas de los eucaliptos—. Tú no hiciste nada malo. Las mariposas no tienen la culpa de que los coleccionistas desalmados las cacen y claven sus alas para exhibirlas.

Hasta las hojas caídas de los árboles han alzado vuelo formando un remolino a su alrededor diciendo:

—Levanta la mirada, niña mariposa. Defiéndete y vuela otra vez. Que los cazadores de mariposas no te claven las alas.

La niña más linda del pueblo camina con una piedra en el bolsillo de su delantalito a cuadros, lleva también un silbato. Su madre la escuchará, y también la abuelita Olga desde el mundo de las ánimas vendrá en su ayuda. El viento soplará muy fuerte y las hojas de eucalipto formarán una barrera a su alrededor para que nadie le dañe las alas que retoman poco a poco su color. Ella y todas las niñas, que son las más lindas del pueblo, y sus madres y las abuelas estarán unidas para que ninguna sea lastimada.

Las florecitas blancas de cicuta, piensa la niña, se ven muy lindas en su mata.

Historia publicada en el libro *gira, el mundo gira* (abril 2021)



Escribidora:  
ROCÍO RIESCO  
(La Oroya, 1955)

